Dos Cuentos Automáticos

Antonio Palacios Rojo

Prólogo

Como base de cada pieza incluida aquí tomé varios textos generados al azar parecidos a los Loren Ipsum, es decir, a esos rellenos textuales usados por diseñadores web para maquetar páginas.
Cada uno los produje de diferente manera. Ya aparecían los primeros programas informáticos que generaban textos. Uno de ellos era Pyprose, también conocido como Prose, escrito en código Python y desarrollado por Charles O. Hartman desde 1996. La herramienta admitía que le sugirieras una lista de términos a incluir en un pequeño diccionario, que en realidad era un documento con un listado de palabras. El resultado seguía siendo bastante incongruente, ya que lo que aparecía en pantalla era guiado por completo por el azar, aunque las frases eran correctas gramaticalmente.
Esto provocaba algunos conceptos muy originales.
De entre el sin sentido resultante, logré inspirarme para redactar, por ejemplo, El canto central del mundo en donde imaginaba un experimento por el cual se podría modificar los sentidos. Como inspiración, reuní todos los verbos y sustantivos relacionados con los sentidos humanos –por ejemplo, “oler”, “olor” – y los barajé al azar usando este programa de edición textual. El texto resultante me ayudó a imaginar cómo modificar la manera que sentimos habitualmente.
Tras el cuento, incluí las conclusiones sacadas tras mi experiencia ficticia en la que modificaba mis sentidos. No solo lo hice en la página. Todas las conclusiones también las marqué con la punta de una cuchilla en un viejo vinilo. Las letras, como

anunciaba, son más visibles al mover el disco ante tus ojos, es decir, seguía jugando con la mezcla de los sentidos. También combinaba la letra con el sonido de manera extraña al escribir sobre la negra superficie. Por último, buscaba salirme del ámbito del libro convencional y añadir un elemento que se acercaba al arte conceptual.
Aprovecho la edición de estos cuentos mecánicos que se han quedado un poco a trasmano, traspapelados, para editar e intentar hacerlos un más legibles, aunque imponerse esa tarea es destinarse al fracaso.

El canto central del mundo

Si lo que te voy a contar te suena endeble y ligero, no lo compares con una visión para quitarle valor. No creo que definirnos como alucinaciones sea decir un disparate. Soñamos con toda seriedad. El onirismo debería considerarse una ciencia.
El caso es que aquel día, el 10 de enero de 2010, lo tenía todo preparado. Había visto varios vídeos en los que te enseñaban cómo hacerlo. Había comprado el estimulador. Sólo tenía que enchufarlo, dejar que la electricidad quitara las bridas de mi mente y que sintiera en libertad. Las inteligencias se deberían medir como la vista. Tienes tres dioptrías de sabiduría. Cuanto más inteligentes, más ciegos.
Para marcar los cambios del nuevo proceso, pretendía hacer una lista de lo que me pasaba a cada instante. No fui capaz. Quince minutos sentado en la mesa de trabajo, en una esquina del salón de mi casa. Me quito el casco lleno de electrodos de la cabeza. Nada parecía haber cambiado. Chasqueé los dedos, para comprobar que el silencio era compartido, que no me había quedado sordo. Al hacerlo, el mundo cambió. Otro chasquido, otro mundo paralelo y escondido se mostraba ante mis sentidos.

¿Se ha desvanecido el mundo que yo conocía para siempre? La esclavitud de esos amos mentirosos, mis sentidos, terminó, pero yo seguía comportándome al igual que un esclavo al echar de menos el yugo. Ahora podía leer mi mente como si fuera una revista, mirando sólo las fotografías. Al igual que suele pasar con estas publicaciones, mis pensamientos eran entretenidos pero carecían de verdadero interés. Me di cuenta de que yo era como la voz baja que cuenta un secreto. Tenía que ser pequeño, casi inaudible, en comparación con el resto de ruidos que me rodeaban.

¿Eres tú quién marca las amplitudes del mundo? No. Muchos creen en la geometría y sus símbolos. Pero es un culto más; y con la topografía acarician el desorden para que se calme, pero es una ilusión más. Tenía que aceptar otra geometría, la del desastre y del error de cálculo.

Las estructuras no son duras y fijas. Son iguales a corrientes de agua que fluyen hacia el que las mira. Entonces, los ojos empezaron a tener mucha hambre. Al mismo tiempo, sentía el golpear de las ondas de luz contra mi vista. ¿Serían estas vibraciones la comida de mis ojos? Si fueran alimento, serían carne cruda, pues estos rayos de luz apenas estaban vestidos. No percibía imágenes. Me llegaban puros colores.

Al rato, el globo ocular me dolía como una pústula, una calentura, rastro de la fiebre de la nueva percepción. Mmm... Tuve una duda: ¿Había hecho bien al abrir mi mente? El artista debe degradarse hasta completar la conexión con otros seres humanos, no importa lo despreciables que estos sean. Por eso acaban locos y suicidas. Lo mismo ocurre si conectas con el universo. Al no despejar esta duda, una herida me marcó la cara en forma de “m”. Hay que ser fuerte para soportar las heridas imaginadas, que nos duelen más que las verdaderas. Yo no pude hacerlo y grité de dolor.

Las paredes me devolvieron el eco de lo que se suponía era mi voz. Pero lo que oí fue la voz de un muerto, como si las palabras ya pronunciadas silbaran con el ronco estertor de mi espíritu.

Entonces me pregunté si las voces conectadas por el teléfono hablaban por sí solas, al igual que espíritus se comunican en la noche sin necesitar de cuerpos para ello. Esta pregunta tenía la

forma mental de una esfera que encerraba dentro una mancha, que yo identifiqué con el error.
Mi visión volvió a cambiar. Ahora sí veía imágenes. Pero las pestañas filtraban la luz, cambiando la realidad a su antojo. Tenía una visión diferente por cada una de ellas. De repente, las pestañas se pusieron de acuerdo, como si midieran el peso de mi mirada en una báscula que aplomara mi visión. Por otro lado, mi glándula lagrimal empezó a oler el dolor que escondía dentro de mí. Mis faltas, vastas y puras, tenían un aroma distinto, reconocible. Apestaba a desamor, a desorientación.
Al tragar saliva, estuve a punto de engullir los músculos de la garganta. Miré mi mano derecha y luego el resto de mi cuerpo. “Utilizamos una máscara que nos oculta el cuerpo y nos aprieta, hasta moldearnos las líneas. La llamamos piel”. Quise pensar esto en voz alta pero la boca se había convertido en una fosa nasal grande y húmeda.
Cogí un lápiz y un papel en blanco. Puse la mano sobre la hoja, hasta que dejé una huella parecida a la que haría tu mano en la nieve. Los dedos se hundieron un poco en lo blanco. Al trazar un dibujo en él, el lápiz comenzó a propagar un aullido, como una bocina que transformara la línea en una especie de silbido. A pesar de ello, seguí haciéndolo. Al fin comprendí que el garabato era una clave musical que establecía el tono de la realidad que le servía de modelo. Para conocer la nota dominante de una figura o un paisaje sólo tenía que dibujar y así sabría su tonalidad oculta. El jarrón estaba en do menor. Tuve que dejar el lápiz cuando me di cuenta de que el dibujo se extendía hasta la mano que dibujaba. Ambas eran parte de la misma ilustración.
Encendí la televisión, pero tuve que apagarla, al desfilar por la pantalla una imposible procesión de olores. La nariz me servía para oler con gran precisión las imágenes. Decidí aprovechar mi nuevo olfato. Acerqué la nariz para oler las pinturas del único cuadro del salón. Por vez primera, pude verlo al completo, tras oler el rastro que había dejado el pincel sobre la tela.
La impresión era tan fuerte, que la escena que reproducía el cuadro ahora estaba en movimiento.

Ahora, el lienzo era una pantalla de cine sobre la cual las figuras escenificaban lo que antes posaban. En este caso, una reproducción de las once bailarinas del ballet gitano *El Carrusel Español*, con la gaditana Margot Vargas al frente. Ella fue la primera en moverse sobre el escenario. Sus andares y ademanes saltaron a mi vista, tan claros que podría hacer un mapa de su baile, con los ritmos sirviendo de coordenadas. El público, que apenas se veía en el lienzo, comenzó a aplaudir de tal forma que, por un momento, era la ovación lo que se representaba.

Impresionado, di la espalda al cuadro por un momento con la esperanza de que volvieran a fijarse las figuras. No resistí la tentación y me volví otra vez. Ahora el cuadro me reflejaba. Pero no como lo haría un espejo, sino como si fuera una pantalla de una cámara de vídeo. Incluso un chivato rojo me avisaba de que estaba grabándome en ese momento. Así que me alejé con la esperanza de que nada quedara pintado en el lienzo.

Intenté leer la revista PNAS, pero cada palabra llegaba a mi cabeza redoblada por un altavoz tan potente que apenas se entendía lo que proclamaba. El rumor del paso de las páginas podía utilizarse como sonido de referencia para afinar el tono de las palabras impresas. Si se pasan las páginas lentamente, se está usando un monocordio para acertar con el tono del soniquete de las frases. Intenté comprobar el estado de mis oídos.

Busqué una radio, aún tenía una muy vieja escondida en un armario de la cocina, y la encendí. Empezaron a salir las palabras. Las escuchaba conectándolas como si estuviera delineando un dibujo, siguiendo la pista de una lista de números consecutivos. Al final, había trazado un garabato, en vez del boceto que esperaba conseguir. Distinguía los sonidos tan claramente, que intenté tocarlos. Podía agarrar las ondas sonoras. Parecidas a un baño de espuma, te dejaban una humedad en los dedos que tardaba en secarse.

Me decidí a salir a la calle. Pero antes, debía ponerme mi anillo de la suerte. Abrí el cajón de la derecha, y, al colocarme la sortija, sentí un dolor nuevo en mi dedo anular. Todos los anillos deberían tener marcados los baros que soporta el que los lleva en

su dedo. Los números báricos de las alianzas serían muy altos. Me había colocado ese anillo muchas veces antes, pero esta vez sentí que cuando nos acostumbramos a hacer algo una y otra vez, no somos nosotros los que repetimos esos actos, son nuestras copias perfectas las que se encargan de ello, mientras estamos en otra parte.

Me dirigí al vestíbulo. La llave me cogió de la mano, guiándola a la cerradura de la puerta principal. Salí a la calle. El mediodía parecía un atardecer. Había poca luz. Los ojos se me cerraron en un par de puños, los nudillos golpeando el paisaje. Luego se abrieron. Eché un vistazo con desagrado, ya que cada imagen parecía un encuentro molesto con un extraño, al que tenías que abrazar a pesar del embarazo. Contemplé el mundo desnudo, y, como si un relámpago iluminara la noche por un momento, tuve miedo.

La niebla que cubría la calle tenía un olor familiar. Tras dar un par de pasos pensativos, al fin supe de qué se trataba. Era el olor a vinagre aguado, usado para revelar un negativo fotográfico. Yo era el único que podía tocar el panorama que me rodeaba, como si fuera una piel extendida; una piel marcada con tatuajes bellos e irreales.

Eché la mirada al vuelo para contemplar el horizonte gris. Escogí un atajo para pasar de la calle San Fernando a la calle Palos de la Frontera: atravesar la Universidad de Sevilla. Al caminar entre ellos, no era capaz de hacer coincidir los rostros de los desconocidos con sus cuerpos. Así, al igual que un metemuertos, caminas por la chácena, entre los cuadros que representan la trama de un barullo. Quiero decir que, al callejear, la vida me parecía una obra tan incomprensible como la frase anterior.

Decidí correr para vencer la obsesión, la fiebre de sentirlo todo de verdad. Gracias a la fuerza de voluntad y la decisión, pude controlar mis miembros, que ahora, ¿o era así siempre?, estaban poseídos por la locura. Al intentar corregir el balanceo, me di cuenta de que el movimiento es un delirio de nuestra imaginación. Siempre estamos parados. Pero, si, al igual que en un zootropo, unimos las distintas poses fijas, obtenemos la ilusión de movimiento.

Di una zancada con la derecha. Perdí pie. Con gran trabajo, logré saltar el agujero con la izquierda y recuperar el equilibrio. No había visto el pequeño hueco a mis pies, pues tenía el mismo color que el resto de la acera; por eso muchos tropiezan si saber por qué: hay cientos de agujeros incoloros.

Unos gritos, los verdes de la naturaleza, llegaron a mis oídos. Eran alaridos que vivían encerrados en aquel Parque de María Luisa, a unos metros de donde estaba parado. Decidí pasar cerca del Restaurante La Raza y entrar en el parque. Las plantas se hacían gestos unas a otras, aprovechando las ráfagas del viento. El gris de una higuera enorme guiñó por un segundo, dejando al descubierto que el tamaño de la planta era un truco. Los colores le servían para disfrazar minúscula y verdadera talla.

Llegué a la glorieta de Más y Prat. Una colombina se paseaba con las manos en los bolsillos de su abrigo. Cuando las sacó, pude ver cómo sus guantes eran borrones que diluían sus manos en un par de manchas negras. Un guante se encadenaba a su par, ambos unidos por una leontina invisible. Por eso movía sus manos con una armonía y precisión asombrosas. Su cuerpo tañía el vestido. El carillón de sus caderas y pechos repicaban una melodía que aún recuerdo. Tan tan. Tan tan. Tan.

Acabé en la glorieta de Doña Sol. En los escalones que rodean la estatua, una pareja se despedía en silencio. Él se marchó, la dolorosa se sentó en el último escalón. Me acerqué a ella. El lunar de su mejilla derecha era una nota, creo que era una redonda, en la partitura de su piel. Los sonidos de su cara eran improvisados según la anotación de su lunar, en una composición que sonaba a antigua y francesa. El ritmo era también libre, pero nunca se acercaba al cuatro por cuatro. Yo antes creía que los lunares de un cuerpo eran huellas delatoras de otras manos; que los dedos, si no dejaban sus huellas sobre otras pieles, morían de soledad.

Miré los gestos de sus manos al igual que el astrólogo mira el cielo y descubre las figuras estrelladas que predicen el dolor. Ella lloró. Una sola lágrima. Al acercarme, pude ver que sumergido en ella, había otro ojo, muy pequeño y vivo, que me miraba.

Aquella lágrima siguió una línea de puntos en su camino sobre su mejilla. Si trazaras ese mismo camino con un lápiz, dibujarías la causa de su pena.

Al llegar a casa, inscribí estas instrucciones en un disco de vinilo. Sólo son legibles al trasluz.

Serás la voz baja de un secreto. No molestes como los ruidos que te rodean. No eches de menos a tus antiguos amos, los sentidos. Tampoco temas el nuevo sentir libre. No has de sentir desde el centro. Siempre percibirás el mundo en el límite. Mide con otra geometría, la del desastre y los errores de cálculo.

Las unciones del otoño

Estábamos bajo un sauce. Ella, con su vestido vermú.

-Llevo violeta, por nuestro aniversario.
-Dijiste que era vermú. Que ese color se llamaba vermú.
-Yo nunca nunca jamás he dicho eso.

Por un momento, pienso en la decepción de perder un recuerdo al saberlo falso. Pero me consuelo diciéndome: dentro de poco, en medio de la noche, sé que tu vestido no estará donde ahora está, de pie, muy junto a ti. Tu vestido yacerá sobre la cama, como tú, pero lejos de tu piel.
La abracé. Acaricié donde pude teniendo en cuenta el sitio y la hora que era. Dio un par de pasos atrás. Se sentó sobre un escalón decorado con azulejos azules. Ahora cruza las piernas. Tan vital como mi yugular es la visión repentina de su rodilla, el ver cómo la tela le abraza los muslos. Miré al suelo mientras ella desviaba

su mirada hacia las figuras que nos rodeaban. Ella arrugó la frente por un momento. Seguro que pensaba: soy el centro en este círculo de chismes, me temo. Testigos.

-¿Confías en mí?

Sonó tan extraño como si, de repente, me preguntara: “¿confías en el océano?”.

-Sí, pero no debería, le respondo.

Uno no sabe lo que se puede encontrar cuando se zambulle en el mar. Que yo estuviera al borde del mal humor le encantaba. Era prisionero de ese juego. Me empujaba hasta el límite y luego se echaba atrás, para reírse de mí. Ahora me pondrá a prueba, seguro. Lo sabía porque ella nunca me hacía preguntas tan personales. Guardar silencio era nuestra forma de hablar las cosas. Además, sólo ella era capaz de lanzar miles de preguntas sin esperar una sola respuesta, así que esto se puede alargar un poco. Pero ahora está en silencio. ¿Me confesará que está con otro? Sé que varios conductores de la línea 17 mencionan su nombre cuando la ven aparecer. ¿Será alguno de ellos?

-¿Eres feliz?, me pregunta.
-Pues ahora sí.
-¿Más feliz que nunca?
-Sí.
-Entonces, ¿no crees que deberíamos matarnos?

“¿Por qué sufre? ¿sufre?”, pienso. Tras mi confusión, me decido a preguntar.

-¿Como en un suicidio o como en una pelea?
-No, matarnos, suicidarnos. La gente que lo hace, lo hace cuando las cosas les van mal y no ven una salida. Pero, yo creo que el día más feliz de tu vida también debería ser el último. No sé,

quizás esté loca y eso.

Cada observación que ella hacía aspiraba a ser un jaque mate de la conversación. El ajedrez del amor y su desafío perpetuo. Ella siempre se las apaña para hacer que desconfíe de mi fe en una realidad ordenada, pero hace tiempo que me presenté voluntario para caer en sus trampas.

-No, no es una cosa tan rara. Creo que al principio, los suicidas eran tíos felices. Lo de suicidarse por una desgracia, eso creo que es más moderno. Hay un montón de libros con suicidios alegres. Y te entran unas ganas locas de tener motivos tan buenos como para matarte.

Hasta la hora de la muerte, todo lo que tenemos que hacer es hablar tonterías. Ella se queda pensando pero creo que no ha escuchado nada de lo que le he dicho.

-Sí, pero lo que pasa es que yo no tengo... no puedo matarme ni nada parecido. Sé que no sería capaz. Y he pensado que, bueno, no sé, tú podrías hacérmelo cuando estuviera dormida
-¿Matarte...?
-Claro. ¿Qué va a ser si no?

Pactos: icebergs. Siento como el futuro fluye por mi arteria.

-Bueno, si insistes... ¿Pero cómo quieres que te lo haga?
-Con un cuchillo. Al corazón, así, rápido, que no me entere. Morirse es natural, como nacer, pero, claro, al revés. O como coger un vuelo.

Para vivir hay que partir, siempre. Intenté bromear para salir del paso.

-Eso está hecho. Me has dado un susto. Creí que era algo más grave. Como que me estabas poniendo los cuernos.

-Siempre igual. ¡Qué típico!
-No sé, como has puesto cara de confesarme un delito…

Miré sus labios. Rojos. Cerrados. Entonces, lo supe. Sólo una broma es capaz de abrir la concha de la lujuria. Me acerqué. Lo intenté.

-No desaparezcas, le susurré.

Entonces supe que ella se iría para siempre dentro de poco, como esos recuerdos o sueños demasiado extraños y bellos para poder ser recordados. Un hombre siente una extraña tensión cuando está cerca de una mujer joven llena de talento. Pero no era eso. Yo sentí un terror que casi me hizo vomitar.
Hace tiempo nos embarcamos juntos en un viaje que, creíamos, nos llevaría lejos de los problemas. La furia es la primera impresión que nos da el amor. Por aquel entonces, yo vivía en un sótano lleno de caballeros pobres. Polvos blancos y manchas como de agua en las sábanas. Uno de ellos era asistente de juez o algo así. Normalmente era tan reservado que nunca daba su dirección o revelaba su número de teléfono. Incluso, una vez, me negó que él viviera allí, a pesar de ser mi compañero de piso. Muchas veces pené a solas en mi sótano. Aquel que no tiene compañía se lo cuestiona todo.
Ahora, un aficionado a la notaría nos está numerando. Garabatea al azar algunos ceros y unos en nuestros brazos. Utiliza un rotulador de tinta indeleble. Es un método extraño de control, porque estamos en una plaza. No hay muros ni puertas de entrada o salida. Así que, es imposible que estas marcas nieguen o permitan la entrada a nadie a esta fiesta.
Por la calle Abad Gordillo, se acerca la *Banda de Cornetas y Tambores Nuestra Señora del Sol*. Asoman, primero, su estandarte con el lema “Por Sevilla Siempre”, que parece advertir por dónde y cuándo suelen andar haciendo lo suyo. Luego, penachos blancos, pechos azules. Como es habitual, no deja de tocar. No les importa que hayan otros músicos haciendo ruido cerca. Confusión de notas.

Si alguien se acercara a la plaza, creería que se trataba de una sola banda que no se pone de acuerdo en qué es lo que está tocando.
Un tipo disfrazado de marinero nos señala al camarero que guía un rodante barril de cerveza con la suela de su pie derecho. Luego, el marino se echa al suelo y empieza a rodar sobre sí mismo, imitando a la barrica de metal. Su sonrisa, su nuca, su sonrisa, su nuca. Llega hasta nuestros pies y se levanta.

-Eres una víctima, una víctima de esta mujer, me grita mientras la señala con el dedo.

Aparto la mirada para darme cuenta de que la masa ha adoptado una extraña forma: un círculo vacío. El centro de los cuadros nunca está en blanco y siempre me pregunté por qué. Quizás, hoy, toda esta gente me está dando la razón de una manera discreta. Un vagabundo sale de la Iglesia de San Vicente tras permanecer un rato metiendo la cabeza por la puerta de entrada. Cuando pasa a nuestro lado, niega con la cabeza, como si no entendiera nada.

-¿A qué viene tanto miedo y tanta ostia?, le oigo repetir una y otra vez a mi espalda.

Como ve que ignoramos su presencia, el marinero se da vuelta, no sin antes soltar otra frase borracha.

-Aquí, por lo menos, tenemos la primavera.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que una pluma se le ha quedado pegada en el tacón del zapato. No le dije nada. Me gustaba como le quedaba. Hacía juego con su vestido vermú.
En este preciso instante, todos miran las pantallas de sus teléfonos y echan a correr. Es como si alguien hubiera gritado fuego. Cojo su mano. La miro. Nadie como tú ha honrado con su presencia una multitud presa del pánico. Miro atrás. Bailén, Gravina, Zaragoza, Castelar, Arfe. Ahora caigo en la cuenta de que

estas son las calles por las que corrí de niño. He marcado cada esquina con mis meadas o con mi nombre. Aquel era el hotel de color verdura fresca. Éstos son mis alrededores. Mi niñez se resistía a irse. Otra vez siento la comodidad de los días de instituto, ninguna preocupación. ¿Hay algo más enternecedor que ver a tu maestro llorando? ¡Qué salvaje éramos!

-Vamos a casa de mi madre.

Ella tira de mi brazo. Entramos en una casa de la calle Rodo. No digo cuál. Los escalones se lanzaban a mis suelas. Creo que he bebido más de lo que pensaba. Su madre no estaba. Ella sacó sus llaves y abrió.

-¿Nunca has entrado en mi cuarto, verdad? Ven, ya que es nuestro último día...

Varias ilustraciones decoran las paredes. Mosaicos de manchas azules y verdes. Los colores de sus muñecas de trapo, muertas sobre la cama, han sido sacudidos y vaciados tras años de manoseo. El piano del vecino parece estar vivo, hablando entre dientes consigo mismo. Ella se acerca por la espalda. Coloca un espejo de mano enfrente de mi cara y lo agita. El reflejo de mi expresión se mezcla con el resto de la habitación, como si hubiera aplicado un trapo lleno de aguarrás a un cuadro lleno de fallos.
Se aleja y deja el espejo sobre una estantería. Coge un libro negro y en inglés.

-¿Has oído lo que dice este libro? Escucha.

Puso el libro en horizontal y lo abrió, como si fuera una boca al que se le cae el labio inferior en forma de tapa.

-Doom, doom.

Abrió y cerró el libro mientras emitía el lamento pareado. Las

lenguas de papel se movían en un acompasado papeleo dentro de la boca-tapa. Al volver a dejar el libro sobre la estantería, puedo leer que se trata del Macbeth. Versión cómic. El número 128 de Classics Illustrated.
Ella quita las muñecas y se tiende, como si fuera una de ellas, de tamaño natural. Los ojos fijos en el techo.

-¿Alguna vez has entrado en un espíritu afín?

No sé qué quiere decir con eso de afín. Ni por qué emplea justo esa palabra. Seguramente se ha acordado de algún libro en el que creía de pequeña, de esos que memorizas y te acompañan para siempre, aunque luego los escondas. Luchar por un puesto superior ha moldeado su estilo de vida. Subir es la nueva palabra de moda. El dinero de mamá la ha protegido, hasta ahora. Su jefe es un buen ciudadano británico que pesa su realidad en libras. Ella se hace la secretaria de dirección, siempre en blanco, como el norte, siempre esperando órdenes. Un día vi el esquema de ingresos previstos por aquella empresa para todo el año. Aquella línea roja era como la comba que describe el látigo justo antes de golpear una espalda. Abajo, estaba escrito un lema mal traducido al español: “Nosotros lo estamos haciendo, ellos están empezando (a hacerlo, supongo)”.
La década se apresura hacia ningún sitio y aún yo no he hecho nada. Desde que estoy en su cuarto, me siento mucho más importante para ella. La vanidad es como esa sábana. Parece blanca, pero está sucia, llena de manchas. Me fijo en un sillón de orejas, verde como una manzana temprana. Está desnudo, lleno de viejas heridas. Ella se pone a cuatro patas y empieza a quitar la ropa de la cama. Sus brazos y sus piernas son tan largos que parece una araña.
Se desnuda rápidamente. Me asomo a la puerta entreabierta del vértigo. Para aceptar un regalo hay que saber oler las intenciones que se esconden tras él. Una silueta tan desnuda. Me acerqué a ella. Suavemente, tiré de la cadena de plata que le cogía el cuello. Mientras la acariciaba, una voz en mi cabeza no hacía más que preguntarme “¿cómo funciona el fuego?”. Creo que la voz se

preguntaba por las fuerzas y los principios que se esconden en la generación de una llama. Rodar juntos en la cama, el primo hermano del gran placer. Los dedos de sus pies lucharon con los míos. Nos agachamos uno sobre el otro, a la vez.
Entonces, ella me bajó los pantalones y chasqueó los dedos como si quisiera hacer un truco de magia con mi cuerpo. Soy una corriente salvaje. Puedo parar en su estanque. Pregunté por una calle en su esquina. Dos inundaciones el mismo día.
Ahora ella duerme, con su ronquido bajo, como el gruñido de un animal. Vi un viejo abrecartas olvidado sobre la mesa, su punta hacia mi vientre. Terror. ¿Cómo es que me pidió que la matara? ¿Cómo es que pensó, aunque fuera en broma, que yo sería capaz de tal cosa, así, sin más, sin nada serio que lo justificara?
Entonces, me di cuenta del insulto tan brutal que había recibido sin saberlo. Así el abrecartas y lo acerqué a su vientre. Al roncar levemente, parecía más viva. Si hubiera estado en silencio, como un cadáver, habría sido más fácil confirmar la hora de nuestra muerte.
Hora de volver a casa. Ella te dejará. Tu facha se descompondrá sin remedio. Documentarás tu amargura con palabras; pasarás todo un abril escribiendo peleas privadas. ¿Por qué nos tocó vivir en esta era de lloricas? Y desde entonces todos los días serán como este último día. Miro por la ventana. Aquellos alivian el peso existencial con ejercicios aeróbicos. Millones van descalzos, pero no se ven desde aquí. El duelo y el sufrimiento puede reducirnos a una sombra.
¿Por qué las historias se empeñan en continuar? Nos casamos con nuestros fallos, de por vida. Hace un par de meses, veré otro cuchillo, con su punta apuntando a mi vientre. Lo cogeré de encima de la mesa. No sé por qué, lo acercaré a mi pecho. Volveré a sentir la misma sensación que tuve cuando la conocí, esas palpitaciones, ese golpe en el estómago que está a punto de hacerme vomitar. Ese día, lo clavaré un poco, hasta que la hoja se manche con mi sangre. Me sentiré como hoy, como aquel día de la fiesta en la Plaza del Museo, enamorado, con el corazón en un vilo. Tal vez, al día siguiente, me lo clavaré en el corazón, y

será como volver con la que se ha ido, será como cuando me enamoré y me di cuenta de que yo era dos. La hoja del abrecartas tiene un par de filos.